



# VUELVE

## UN MITO DE AYER

Dolores a Madrid... O a Asturias. Ya es un hecho. Simples trámites los que demoran el regreso de la Pasionaria a su Patria. Se habla incluso de un piso para ella en la Ciudad de los Periodistas. Vuelve una anciana de ochenta y dos años, que cuando acabó la guerra civil española apenas había rebasado la cuarentena. No es una viejecita exiliada. Comporta todo un símbolo. Mejor, un mito. Viene rodeada de leyenda, positiva y negativa. Tómese como se tome, es una estampa del ayer reciente, vivo, demasiado próximo para que pueda ser tratado sin la pasión que ella adoptó como remoquete de su lucha política.

Aquí de lo que se trata es de dibujar su figura, con la objetividad necesaria. Sin establecer juicios de valor.

Delineando, en lo posible, su contorno humano. Cosa también difícil. Porque el mito, la leyenda, el símbolo, desdibujan. Crean otra imagen sobre la imagen cierta. Aquella vasca recia, maciza, la de la escultura modelada por Victorio Macho, que arengaba a los del 5.º Regimiento,

es hoy una mujer senecta, de pelo blanco, afinada en su rostro.

Ha ganado aristocracia en la presencia, y lejanía, en el recuerdo. No puede —ni tal vez quiera— sacudirse la Historia que lleva sobre sus hombros. Ni la leyenda tampoco.

Un pecado de que se la acusó —como a tantos de la élite soviética de su tiempo— fue el del culto a la personalidad.

Pecado del que —y es humano y explicable— acaso no puedan absorberse todavía. Vamos a contar, sencillamente, quién es y cómo es Dolores Ibarruri (Pasionaria).

A los ochenta y dos años —después de treinta y ocho de exilio— volverá a ver a sus tierras y a sus gentes



## UNA MOZA DE

**N**ACIO en tierra minera. Su padre, Antonio Ibarruri, a quien apodaban «El Artillero» por su destreza en manejar los explosivos en la mina. Fue un día de diciembre de 1895, en el último lustro del siglo pasado, cuando sus ojos se abrieron a la luz en Gallarta, Vizcaya. Bajo la tierra, los yacimientos de mineral de hierro más importantes de España. Era la octava de los once hijos del matrimonio Ibarruri. Por sus venas, junto a la sangre vasca, corría la de Castilla, aportada por la madre. La propia Dolores, al hablar de sus orígenes, escribe: «Todos mis parientes, castellanos y vascos, fueron mineros. Mi abuelo materno murió en la mina, aplastado por un bloque de mineral. Mi madre trabajó en la mina hasta que se casó; mi padre, desde los dieciocho años,

en que dejó el Ejército carlista, al terminar la última guerra civil, hasta que murió, a los sesenta y siete años. Mineros fueron mis hermanos y minero mi marido. Soy, pues, de pura cepa minera. Nieta, hija, mujer y hermana de mineros.»

Teresa Pamies, biógrafa de La Pasionaria, señala cómo el marco en que transcurrió la infancia de Dolores era apropiado para la forja de esta mujer rebelde: Gallarta, como loco minero de Vizcaya, contaba, al iniciarse el siglo, con un Centro Obrero, que disponía de biblioteca e incluso orfeón. En Bilbao nació una de las primeras asociaciones españolas de la Internacional de Trabajadores, creada en el año 1868; el Partido Socialista existía desde 1879 y la Unión General de Trabajadores se instituyó nueve años después. Tomás Meabe fundaría la Juventud Socialista cuando Dolores Ibarruri cumplía los nueve años de edad. Y, sin embargo, ni Antonio «el Artillero» era un revolucionario o agitador ni su esposa tampoco. Eran vascos católicos, de fe enteriza. Se resignaban a la voluntad de Dios y no se implicaban en las luchas desesperadas de los hombres que anhelaban algo de justicia en su duro vivir. La Pasionaria, a la clarificada altura de su ancianidad, guarda la imagen de aquellos días. La ha dejado en su libro de «memorias» titulado «El único camino»: «Yo no he olvidado nada —escribe—. Y, entre los dolorosos recuerdos de una infancia triste y de una adolescencia sin ilusiones, vive el recuerdo de mi padre anciano, trabajando en la mina «Justa», en la limpieza y recogida de la chirla arrastrado por las lluvias de los terraplenes o por el agua de los lavaderos de mineral. Metido en un hoyo fungoso, formando parte de un pequeño grupo de viejos mineros como él, remangados los pantalones hasta más arriba de las rodillas, chapoteaban en el fungoso arroyo, arrojando sobre las cribas paladas de barro, en el que mezclaban los pequeños trozos de mineral. Cuando salían del agua, apenas podían calzarse.»

Dolores tuvo la suerte de ir a la escuela hasta los quince años. Incluso dos después estuvo preparándose para estudiar la carrera de maestra, cosa que no hizo porque la madre creyó que el día de mañana le sería más útil aprender a coser y la metió en un taller como aprendiz.

En mayo de 1967, Ana María Badell de Fisac narraba, en el periódico «Ya», su reciente viaje a Rusia y la visita que hizo a La Pasionaria en Moscú, por encargo de una religiosa vasca que le había encomendado le dijese que rezaba mucho por ella. Cuan-

# DERECHAS

---

do le comunicó este mensaje, Dolores le contestó:

«Digale de mi parte que se lo agradezco.» Y, luego, le explicaba: «Yo, a las monjas, no las he querido hacer mal. Testigos quedarán de las que estaban escondidas en el convento de los Agustinos, de Madrid, que las quise ayudar y salvar de los milicianos de la F. A. I. Cuando les decía quién era yo me miraban con horror, como sacudidas por una corriente eléctrica, exactamente igual que si delante de ellas tuvieran el demonio. Yo les llevé un Crucifijo y después de mirarme con desconfianza, temiendo caer en una trampa, lo cogió la superiora y, llorando, lo besó y lo pasó a todas las demás para que lo besasen.»

En aquella ocasión, La Pasionaria recordó a su visitante lo que un día había escrito de ella «Gringoire»: «La Pasionaria, aun siendo de raza española, es, sin embargo, un personaje turbio. Antigua monja, se casó con un fraile que había colgado los hábitos. De ahí su odio por los religiosos. Se ha hecho célebre por haberse arrojado, en plena calle, sobre un desdichado sacerdote, seccionándole la yugular a dentelladas.»

Sin embargo, tanto Dolores como su familia, en Gallarta, vivían en la práctica de la fe católica. Cuando matrimonió con Julián Ruiz, un mozo socialista, el párroco —recordaba La Pasionaria a Ana María Badell—, al casarla, le dijo: «Tú eres inteligente y sabrás convencer a tu marido.» Y comentaba: «Pero no resultó así y él fue el que me convenció a mí. Se me habían muerto tres hijos por no tener medicinas que darles.»